

CASTILLO SOLÓRZANO, ALONSO DE (1584-1648)

*EL DISFRAZADO*

*De Sala de recreación (1649)*

Es en la insigne y coronada villa de Madrid, corte de los reyes de España, el campo que llaman de Leganitos un ameno sitio donde las calurosas noches del verano concurren muchas damas y caballeros, con el ligero traje que permite la noche, a gozar el frescor que pocas falta de aquel lugar, con la vecindad del altivo puerto de Guadarrama, piadoso socorro contra el fuego de la canícula, así con su blanca nieve como con sus regalados y frescos vientos. Aquí pues, una noche que la luna no comunicaba sus plateados rayos, por ser el último cuarto de menguante, se salieron dos damas vecinas de aquel sitio a gozar del sonoro murmullo de la fuente de Leganitos, con la permisión que da la noche y el embozo de los sereneros: iban acompañadas de dos criadas en solo el traje de enaguas brillantes y pretinillas de lo mismo, habiendo mandado a un anciano escudero, en cuya confianza salieron, que se quedase algo detrás por no ser conocidas por él y tener mas libertad para desenfadarse con el embozo. De esta suerte pues iban las dos damas con sus criadas y el escudero a la vista, cuando habiendo tomado el camino alto del colegio que llaman de Dona María de Aragón, bajaron por él a la fuente de Leganitos, y antes de ella, como cuarenta pasos, se les ofreció al encuentro un hombre vestido en tosco traje. Venía con una capa de paño pardo, una montera de lo mismo, capote de dos faldas y calzones de lienzo blanco. Este pues, emparejando con las damas, acertó a caer al lado de la mas hermosa, cuyo nombre era Serafina; y el de la otra, que era su hermana, Teodora; y con el despejo que permite la noche, habiendo visto el buen brío de la dama y por estar cerca de su hermosura, le dijo:

—Bien hace la luna en no salir a mostrarnos su luz si sabía que a este feliz campo había de salir beldad de mas lucidos rayos.

Repararon las dos damas en la persona que les había hablado, habiendo entendido la hipérbole, y causóles admiración en ver que desdijese el traje del lenguaje cortesano que le oían. Paráronse con esto atentamente a mirarle, y él, embozándose en la tosca capa con que se cubría, se estuvo quedo.

Era doña Serafina despejada, y a esto se le añadía ser mujer, que todas son perdidas por novedades, y quiso descifrar aquel enigma; y así con libre despejo, quitando el rebozo al encubierto, le dijo:

—Corramos la cortina a este personaje embozado, hermana mía, que me ha dado antojo de saber de él, porque miente en sus encarecimientos, mas de lisonjero cortesano que de tosco plebeyo.

—No os juzgo por tan desconfiada, hermosa señora —dijo él—, que os haya dicho el espejo que he andado corto en alabaros lo que el cielo os concedió, para que muchos me han ganado por la mano en las alabanzas.

—Ninguna merecen mis partes —dijo Serafina—, pero una lisonja cuesta poco, y así por lo bien que me está, admito el encarecimiento, que no lo fuera a haberme visto con la claridad del día; con ella quisiera veros, por deshacer sospechas que tengo de que habéis gustado mudar de traje, por seros conveniente el disfraz, o por querer con él tener esta noche entretenimiento, cansado del cortesano que siempre usáis.

—Os habéis engañado —dijo él—, que este me concedió mi humilde nacimiento, si bien encubro unos altos pensamientos, muy ajenos de él.

—Y cuáles son esos deseo saber —dijo ella, tomando asiento algo apartado de la gente.

Él, acercándose más, dijo:

—Mis pensamientos son anhelar a ser mas de lo que soy, y así me llevo donde veo que se pueden ajustar a mi deseo, comunicándole con quien me los pueda dar realce.

—Los habéis empleado mal —dijo ella—, porque si pensáis haber topado con alguna señora encubierta, soy tan amiga de desengañar, que os digo luego que aquí se remontan muy poco con la baja del empleo.

—Si, como conozco que me engaños, supiera la verdad de lo que sois —dijo él—, aun hablara con mas gusto; pero topar engaños a los principios, ¿qué me puedo prometer después?

—¿Luego aquí llegaste con deseo de empleo? —replicó ella.

—No soy tan desvanecido —dijo el embozado—, que presuma que con tan pocas partes le puedo tener sin mayores asistencias y finezas; mas en esta dicha de baberos topado quisiera continuar con esperar que mi voluntad os merezca siquiera este breve rato de audiencia, porque no en balde el cielo guió mis pasos a este sitio, donde tanta ventura he tenido de encontraros.

—Yo venía con ánimo de refrescarme en la fuente con sus claros cristales —dijo ella—; de esto estoy desahuciada por faltarme un búcaro que se olvidó en casa, y así admito vuestro deseo, y esta noche a costa de mi sed la quiero pasar en conversación con vos.

—Bésoos la mano —dijo él—, por el favor que me hacéis, que no es poco, cuando en mi veis tan pocas partes para merecérosle.

—Así Dios os guarde —dijo Serafina—, que nos digáis qué capricho ha sido el vuestro en vestir esta noche ese traje, que me ha dado sospecha que aquí entretenéis el tiempo hasta que se llegue la hora en que con él entréis donde os aguardará otro mejor empleo.

—Soy tan nuevo en esta corte —dijo él—, que aun no he tenido esa buena suerte; mi traje es este, no ajeno de mi nacimiento, en él ando de día; y porque la noche es capa que encubre muchos defectos, quise, ya que encubre los míos de andar mal vestido, que el alma os diga que ha sido gran dicha mía haberos visto para que sepáis que en mí acrecentáis desde hoy el número a muchos rendidos que tendréis con vuestra hermosura.

—Muy a ciegas os habéis enamorado —dijo ella—, o lo fingís estar, señor encubierto. Respondedme derechamente a lo que os pregunto, que sabiendo quién sois, aun me tendréis más de espacio aquí por esta noche.

—¿No me dais esperanzas que serán otras? —dijo él.

—Como sepa la causa de ese disfraz, podrá ser que vuestra cortesía me vaya obligando —dijo Serafina.

—Bien pudiera —dijo él—, mentiros, como fingido cortesano, diciéndoos lo que no soy, mas no os he mirado tan apriesa que me obligue a fingir mentiras cuando deseo que de mi experimentéis verdades.

Admirábase Serafina de ver hablar aquel hombre así y porfiar en que era lo que mostraba por su hábito, y deseaba que con más luz la luna le desengañase. Hablaron gran rato, el embozado tratando de que le debía ya voluntad, y ella no se persuadiendo a que la hablaba con veras ni que era hombre plebeyo.

Cumplió la hermosa Cintia sus deseos a la dama saliendo a desterrar alguna parte de las sombras de la noche. Era esto a tiempo que la más gente desamparaban el sitio de la fuente de Leganitos, con que las damas y el disfrazado se fueron acercando a la fuente, ellas seguidas de su anciano guardián, y él de otro hombre vestido en el mismo tosco traje. Mientras ellas se refrescaban, el nuevo aficionado se llegó al que le seguía, y hablándole un poco al oído, se apartó de ellos, causándoles algún recelo a las damas aquella breve plática, porque como la corte es madre de tantos embusteros y gente de mala vida, se temieron de que el nuevo amartelado y su compañero no fuesen de los que con prendas ajenas viven y campan en Madrid; así se lo comunicó Serafina a Teodora, dándole motivo a esto venir las dos adornadas con algunas joyas de valor, de que juzgaron que a costa de alguna violencia se querían apoderar de ellas: consoláronse en que aun había gente en aquel sitio, si bien apartada del que ellas habían de nuevo elegido. Volvieron a la plática con el disfrazado galán, ellas porfiando en que les dijese quién era, y él en perseverar que no tenía más calidad de la que manifestaba su traje, si bien la que había adquirido con haber sido admitido a su conversación era ya mucha.

Con la luz que comunicaba la blanca hermana de Febo reparó Serafina con más atención en el nuevo acompañante suyo. Consideróle un mozo de edad de veinte y cuatro años, de

gentil disposición y buen rostro. El traje es el que se ha referido, más como cuerda hízose una consideración la dama, y fue que siempre la gente agreste y humilde manifiestan en las manos quién son, por mas que se quieran encubrir, o curtidas de andar en el trabajo, o toscas en la hechura por aquello en que se ejercitan. Teníalas el disfrazado de bonísima hechura y blancas, por donde conoció la dama que era él hombre más de lo que publicaba. Confirmóse esto con que habiéndose refrescado en la fuente, sacó un lienzo para limpiarse la boca, el cual se manifestaba blanco, grande y delgado y con buen olor. No quedó Serafina poco contenta de ver esto, porque en lo que había hablado con ella le había parecido bien, y su deseo era saber quién fuese y la causa por qué venía en aquel traje.

Daba el anciano escudero priesa a las damas para que se volviesen a casa, y ellas resistían juntamente con el embozado, que con ruegos le pedía dilatase la estada otro poco; en esto llegó el que se había despedido de él con una bandeja en que traía búcaros finos de Portugal y unos dulces de Génova, cosa que se halla con mucha facilidad en Madrid, habiendo de todo mucho. Presónteselo a las damas, y ellas, así en la galantería con que se ofreció como en la calidad del regalo, calificaron el buen gusto del que se le ofrecía, y hicieron más misterio del personaje. El ver aquel lugar fresco ya solo y sin gente obligó a las damas a recogerse a su posada, diciendo Serafina:

—Yo he tenido, señor mío, muy buena noche pasándola con vuestra cortés conversación, si bien me holgara de no dormir con el cuidado de saber a quién tengo de agradecer el agasajo que a mi hermana y a mi habéis hecho sin conocernos; este sitio le frecuentamos algunas noches; no os aseguro que vendremos a él la que viene, por haber en esta dilatado nuestra estada; con todo, acudid mañana aquí, que deseo, si os lo merezco, saber quién seáis.

—Sintiera mucho —dijo él—, que habiéndome costado vuestra vista no verme en la libertad con que antes estaba, parara en no continuar el recibir este favor; estimo el que me hacéis, y prometo veros mañana, mas ha de ser con pretexto de que no os puedo servir por ahora con deciros quién sea, por cierta causa que lo impide, pero asegúroos que no la habrá para dejaros de servir mientras el cielo me diere vida.

Con esto se despidieron las damas del disfrazado, a quien pidieron que ni las acompañase ni siguiese, que en obedecerles echarían de ver su cortesía. Prometióselo así, con que dejaron su presencia; mas el compañero del encubierto las siguió a largo trecho, y supo su casa.

Llevó Serafina algún cuidado, inclinada al encubierto galán y obligada de su cortesía; y aquella noche comunicó con su hermana Teodora su inclinación, hablando de él mucha parte de la noche, deseando la que venía verse con él. No menos cuidadoso partió el amartelado galán, que la hermosura de Serafina le hizo perder la libertad; y así poco sosiego tuvo aquella noche, mas al fin la pasó con esperanzas de verla la que venía.

Vino la siguiente noche, bien deseada de Serafina y del encubierto enamorado; y en el mismo puesto en que se habían encontrado la noche antes se hallaron esta. No mudó de

traje el galán, cosa que sintió Serafina; por de no haberlo hecho se presumió que no debía ser hombre principal, sino plebeyo y de baja suerte, porque cuando lo fuera, por agradar a sus ojos había de mudar de traje. Hablólas el forastero con mucha cortesía, mostrando no poco gusto de que hubiesen cumplido su palabra en salir a gozar de la noche, de que les dio las gracias.

—No hemos hecho poco, os prometo —dijo Teodora—, que hay quien impida el gozar de nuestra libertad y quien nos pida cuenta de nuestras dilaciones.

—No lo dudaré yo —dijo el forastero—; pero perdonando el atreverme, sin habérslo merecido antes, ¿no me diréis si es marido o hermano el que pide cuenta de eso?

—Basta que haya quien la pida —dijo Serafina—, a vos no os toca saber más de que hacemos esto con alguna pensión.

—Yo lo estimo —dijo el forastero—, mas volviendo a la plática pasada, os suplico me digáis si sois casada.

—¿Qué os importa saberlo? —dijo ella.

Algo me debe de importar desde anoche acá, que no deseo veros empleada —dijo el forastero.

—Dueño tengo —dijo Serafina, fingiendo—, aunque no en Madrid.

—Juráralo yo —dijo el galán—, de mi corta dicha, que nunca me la da la fortuna sino menguada.

—Si supiera que lo habíades de sentir —dijo Serafina—, no os lo dijera.

—Pues no os encarezco —replicó—, cuánto me holgara de veros en libre estado, que aunque el mío es tan indigno de merecer serviros por la desigualdad que hay entre los dos, siendo yo un bajo hombre, nacido de padres labradores, y vos una señora principal, como el amor no exceptúa a nadie, después que me ha hecho suyo, habiéndome rendido con vuestros ojos, deseara veros sin dueño de la manera que si hubiérades de serlo mío.

—Extraño capricho es el vuestro —dijo Serafina—, que conozcáis las desigualdades entro los dos y deseéis aun en esto verme desocupada; pues porque aprendáis de lo claro que os hablo, os digo que he fingido que soy casada, no lo siendo, ni aun deseo por ahora verme en esa sujeción.

—Mucho me habéis obligado —dijo el forastero—, con haberme hablado con veras; con las mismas os digo que si de aquí fuera desengañado de esto, no me volviéades a ver.

Con cada razón de estas engendraban Serafina y Teodora nuevas confusiones, no acabando de dar en lo que aquel hombre podría ser. Veíanle con efectos de enamorado,

oían que confesaba ser hombre plebeyo, el traje lo aseguraba, y mucho mas no le habiendo mudado la segunda noche que le veían. Deseaba ver a Serafina en estado libre, que parece que esto tiraba a pretenderla. En todo discurrían, y nada averiguaban. Con la misma galantería que la noche pasada habló el forastero con las dos hermanas, y con más prevención las regaló junto a la fuente. Allí estuvieron hasta ser hora de recogerse, dando al encubierto galán licencia para acompañarlas hasta cerca de su casa, de suerte que no se extrañaron que él ni el compañero que traía consigo las vieses entrar en su casa.

Eran estas damas hijas de un principal caballero, que por servicios que hizo a la majestad de Felipe III en Flandes tuvo un hábito con encomienda; y cuando murió se le hizo merced de dar la misma encomienda a quien casase con la hermosa Serafina, la cual tenía varios pretendientes; pero era tan moza, que no trataba de casarse, aunque su anciana madre le instaba en esto: con la encomienda, que era de tres mil ducados de renta, pasaban madre y dos hijas, ahorrando de ella para el dote de la segunda; y con intento que fuese cantidad, no trataba Serafina de casarse por entonces: tanto deseaba el remedio de su hermana.

Despedidas las dos damas del forastero, él se fue a su posada, perdido de amores por Serafina. No iba con menos cuidado la dama, porque se le acrecentó el afecto con que el galán preguntó su estado, y le pesó de su ficción, persuadiéndose a que en aquel bajo traje había mas de lo que publicaba, aunque él confesase ser un humilde hombre.

Con alborozo aguardaban la siguiente noche, cuando antes que a la luz del día venciesen las nocturnas sombras, estando las dos hermanas en un cuarto bajo de su casa haciendo labor, se les entró por la puerta una dama embozada con el manto; su entrada fue con alguna alteración, y vióse de esto el efecto, porque apenas puso el pié en la sala donde las dos damas estaban, cuando ella misma acudió a cerrar la puerta con la aldaba, indicio que dio de que lo hacia para más asegurarse. Alteráronse Serafina y Teodora, y dejando la labor, se levantaron a recibirla. La dama recién llegada, con alguna congoja que del susto que traía procedía, les dijo:

—Perdonadme, hermosas damas, el atrevimiento de haberme entrado aquí sin pedir licencia, que la causa de haberlo hecho lo pide, pues es tal, que a no hacerlo, ponía en gran peligro mi vida. Mi entrada aquí ha sido huyendo de quien juzgué muchas leguas de esta corte, y aun imposibilitado con prisiones de poder venir aquí. Mi corta suerte ha querido, por castigo de mi inobediencia, que todo se le haya hecho fácil para que yo lo padezca. Temo perder la vida a manos de quien presumo que me sigue; si hay piedad en vuestros pechos, que donde hay nobleza nunca falta, os suplico me amparéis por esta noche, que a la mañana yo daré aviso a persona que me favorezca y defienda de quien me intenta matar.

Cuando esto acabó de decir la afligida mujer ya había descubierto el rostro, en quien vieron las dos hermanas mas que mediana hermosura, y con la congoja la acrecentaba más. Consigo trae la recomendación la beldad; ella movió a piedad los pechos de las dos damas, y así Serafina, como hermana mayor, tomó la mano en responderla, diciendo:

—Afligida señora, sosegad el pecho, que en parte estáis donde seréis servida con mucho gusto y amparada de quien os pretende ofender; a esta casa no se atreverá nadie, y así, con esa seguridad podéis perder el temor que habéis cobrado. La petición vuestra es muy justa, y nos favorecéis en quereros valer de esta casa para refugio vuestro esta noche, y todas las que fuéredes servida podréis estar en ella basta que os veáis asegurada de vuestros recelos y temores.

Agradeció la dama lo que le ofrecía Serafina con las más corteses razones que pudo, con que, a importunación suya y de Teodora su hermana, se quitó el manto y ocupó una almohada de su estrado. Esta ocasión fue parte para no ir Serafina y Teodora a verse con el forastero en la fuente de Leganitos, cosa que él sintió mucho, acompañándole en el sentimiento Serafina, que, como tan inclinada al disfrazado galán, no quisiera que se hubiera ofrecido aquel estorbo con la apasionada y temerosa dama.

No perdió el galán la esperanza de ver a las dos hermanas, hasta que vio que por ser algo tarde no vendrían al puesto; prestó paciencia a su despecho, y retirase con su compañero a su posada. En tanto las dos hermanas trataban de asegurar los temores a la huésped que impensadamente se les había venido. Regaláronla con una sazónada cena, habiendo dado cuenta a su anciana madre, que estaba entonces indispuesta, de su venida, hallando aprobación en su piedad de haberla amparado, viendo en su agradable y hermosa presencia ser digna de todo buen agasajo. Llegóse la hora de retirarse a dormir, y lleváronla Serafina y Teodora a su aposento, donde se le había hecho una limpia cama, muy cerca de la en que las dos dormían. Después de acostadas quiso Serafina que su huésped les diese cuenta de la causa de haber escogido su casa para refugio y seguridad de su fuga; y para obligarla a que de ella les hiciese relación, le dijo así:

—Perdonad, hermosa señora, si en esta casa no se os ha hecho el hospedaje que merece vuestra persona, que en la voluntad no se ha podido errar, antes cuanto viéredes que se usa de llaneza con vos lo habéis de atribuir todo a muestras de amor; digo esto por haberos dado cama en este mismo aposento que nosotras la tenemos, que a dároslo en otra parte, había de ser apartada algo de aquí, y quien está con desconsuelo y temores mejor lo estará en compañía que en soledad, y más de quien, como nosotras, os desea servir. Estimaremos mucho, si la causa lo pide, que nos deis parte de vuestra pena, que las que se comunican suelen descansar los pechos en que dan aflicciones.

—De nuevo —dijo la afligida dama—, os vuelvo a dar las gracias de las honras y favores que me habéis hecho, y en lo que me pedís perdón me hallo más agradecida, pues con la pena que tengo no pudiera tener mas alivio que con estar cerca de quien me la consuele, y así, cumpliendo con lo que me mandáis, aunque sea renovar mi sentimiento, os haré relación de mis trabajos, que pasan de esta suerte.

»Sevilla, metrópoli de la Andalucía, ciudad populosa y de las mas ricas de España, es mi patria; nací en ella, hija de padres nobles, de la familia de los Monsalves, bien conocida en todas partes. Don Enrique de Monsalve, veinticuatro de Sevilla y del hábito de Alcántara, fue quien me dio el ser en su casa; fui la tercera de sus hijos, porque dos varones nacieron primero que yo. En mi tierna edad fallaron mis padres, quedando a

cargo de mi hermano mayor, cuyo nombre es don Rodrigo de Monsalve, del hábito de Santiago, el cual, sustituyendo el lugar de mis padres, tuvo siempre particular cuidado con mi persona, porque me quería en extremo. El hermano segundo, llamado don Antonio, inclinóse a la guerra, y así fue a servir a su majestad a los estados de Flandes, donde es capitán, habiendo ganado mucha reputación en la milicia y crédito de gran soldado. Yo me estaba en compañía de mi hermano don Rodrigo, que no deseaba poco mi remedio, y este amor le debí, que aunque le salieron grandes casamientos, porque es cuantioso su mayorazgo, no trató de efectuar ninguno liaste ver mi empleo; la poca edad que tenía causaba no haberle hecho; y así, mis mayores cuidados por entonces eran ocuparme, después de la labor, en los pueriles juegos de las niñas, hasta que me vi en edad de tratar de otros entretenimientos; tuve maestros de danzar y cantar, porque tengo razonable voz, y estas dos cosas supe con gran destreza.

»Una señora que había sido grande amiga de mi madre, y yo lo era de una bija que tiene, quiso nacerme un agasajo una tarde de las de la primavera, y así pidió licencia a mi hermano para llevarme a una quinta que tenía, a quien bañaban los cristales del undoso Guadalquivir, río de Sevilla, en la parte que llaman de San Juan de Alfarache; fui con ella y otras señoras a la quinta, donde tenía gran prevención de merienda. Tenía esta señora, juntamente con aquella dama hija suya, un hijo estudiante; eran de segundo matrimonio los dos. Este fue de secreto a la quinta sin saberlo su madre, y llevóse consigo un caballero, grande amigo suyo, natural de Córdoba, del ilustre linaje de los Godoyes, bien conocido en nuestra España. Habíanse escondido los dos en un aposento de la casa de la quinta, que se correspondía por una puerta secreta con el cuarto principal de ella, y desde allí gozaron aquella tarde de cuanto hicimos, que ya podéis considerar, damas mozas y que salen tarde a estas holguras, cuánto se dan a la libertad una vez que les toca el gozar de ella, con la seguridad que teníamos de que no éramos juzgadas de nadie; si bien doña Rufina, la hija de la señora de la quinta, no ignoraba el estar escondido allí su hermano con el otro caballero, y también sabía esto el jardinero, con cuyo beneplácito habían entrado allí regalándole, que no hay cosa que no facilite el dinero.

»Habíamos paseado el jardín de la quinta y un pedazo de la huerta que en ella había, no perdonando aun a la fruta que no había llegado a sazón: golosina de mujeres; después de esto nos retiramos a una espaciosa sala, donde cada una de las damas mostró sus habilidades, y yo también las mías de cantar y danzar, con no poca admiración de las amigas y aun de los escondidos caballeros, que todo lo estaban viendo por dos barrenos que habían dado a la puerta que caía a aquella parte. Caíle en gracia al cordobés don Esteban, que este es su nombre, y vino a ser esto cuidado y amor en breve término.

»Con haber el sol templado la fuerza de sus rayos, dilatando la tierra sombras, nos salimos otra vez al jardín, llevando allá los instrumentos de arpa y guitarras que habíamos traído, adonde continuamos la música, acompañándome dos criadas de la señora de la quinta, que tenían buenas voces y mucha destreza. Nada se les escapaba a los galanes, que todo lo oyeron, y enviaron con el jardinero un recado a doña Rufina que procurase venirse a la casa de la quinta conmigo solamente. Quiso dar gusto a su hermano, cuyo era el recado, y como que alguna precisa causa le molestase, me pidió la acompañara. Yo, que estaba ignorante de lo que me había de suceder, víneme con ella, dejando a las demás



amigas a la orilla de un estanque entreteniéndose en varios juegos, y mano a mano nos entramos en la sala, donde nos salieron al encuentro los dos caballeros. Asústeme con su presencia, mas conociendo ser el uno hermano de la amiga que iba conmigo, aseguróme. Recibiéronnos con muchas alabanzas de mis gracias, en particular quien más las exageró fue don Esteban. Yo le estimé el favor que me hacia, y mudando otra plática, tuvo este caballero lugar de declararme cuánta afición me tenía después que me había visto allí, pidiéndome licencia para servirme y galantearme desde aquel día. Yo, que nunca me había visto en aquellos lances, turbada y perdido el color no supe qué me le responder. Callaba a todo con el empacho en que me hallaba; mas mi amiga, esforzando la parte de don Esteban, me dijo:

«—Cierto, doña Clara —que este es mi nombr—e, que estás tan turbada y asustada como si hubieses visto dos dragones. ¿Es nuevo desear galantear los caballeros a las damas, siendo iguales en calidad, cuando se dirigen sus pensamientos para honestos fines? El señor don Esteban es tan gran caballero, como todos saben, desea servirte; no es justo que a esto le seas desconocida y des mal pago a su voluntad.

«Tanto me persuadió esta dama y su hermano, que cuando salí de allí ya don Esteban había alcanzado licencia de mi para servirme, y yo tenía un cuidado más en mi pecho: grandes son los efectos que causa el amor, pues quien nunca había sabido qué cosa era, antes hacía burla de los que oía quejarse de él, ya comenzaba a amar a quien no había visto hasta entonces. La causa lo merecía, porque sin exageración os digo que no he visto caballero de mejor presencia, talle, rostro y demás partes que don Esteban, si bien mi hermano don Rodrigo casi le llega a igualar.

«Desde aquel día comenzó este caballero a festejarme secretamente. Escribímonos, donde en amorosos conceptos y encarecidos amores iba nuestra correspondencia echando más raíces. Tal vez por el orden de doña Rufina nos veíamos en su casa, mas eso era teniéndola a ella presente, o a la vista por lo menos, con que no recibió mi amante de mi más favor que darle una mano. Tenía un pleito de consideración en Sevilla sobre un mayorazgo, y hasta salir con él no determinaba pedirme a mi hermano; y así, con esperanzas de tener presto sentencia en favor, se pasaba el enamorado caballero importunándome siempre en que le diese entrada en mi casa. Tanto instó en esto, que hube de permitirle que me hablase a una reja de noche algo tarde, porque como mi hermano era mozo, venía a deshora a recogerse, y temía que le viese. La continuación de los amantes en comunicarse aumenta más eslabones a la cadena del amor.

«Amábame tiernamente don Esteban, pagábale esta encendida afición, y como amor tiene cosas de niño en pedir siempre mas de lo que le dan, él importunaba en desear ser mas favorecido de mi, hasta que ablandé esto mi pecho, de manera que le hube de dar entrada en casa, de que resultó por mi mal acuerdo perder la prenda de mas estimación en las mujeres, si bien con el pretexto de ser mi esposo, de que me dio la palabra delante de un devoto crucifijo con grandes protestas de que la cumpliría. La continua asistencia todas las noches en mi cuarto causó el tener prenda viva de don Esteban, cosa que me puso en notable cuidado, porque como crecía cada día más el preñado, así se aumentaban en mí los temores. Instaba en que me pidiese por esposa a don Rodrigo, pues con eso se

soldaban todos los defectos; mas él me animaba a que en viéndome desembarazada de aquel peligro lo haría luego. Aumentáronseme temores, recelándome que este caballero me trataba con engaño, pues en cosa que tan bien lo estaba, y mas para su seguridad, ponía inconvenientes.

»Aquí, señoras mías, pagaron mis ojos con lágrimas la poca advertencia y mucha determinación que fuese a arrojarme con don Esteban. De mi flaqueza vinieron a ser testigos dos criadas, que pluguiera al cielo nunca yo les diera parte de ella, pues tan caro me cuesta habérsela dado, pues quien lo hace cautiva su libertad y presta sujeción a quien es inferior a ella. Ya se llegaba el término en que esperaba mi parto, cuando hallando a una de estas dos criadas y un hombre que de su aposento salía a deshora, la reñí con alguna blandura, por no poder mostrar el rigor que pudiera a no saber ella mis defectos. Pues esto solo la irritó de modo, que me dijo algunas libertades que me encendieron en cólera; y presumiendo que no se atreviera a lo que hizo, la castigué con mis manos, pesándome no poco de haberlo hecho; pero ¿qué cólera repentina fue buena? Por tenerla han sucedido mil desdichas; yo soy una de las que han pasado por sus desdichados efectos. Trató la criada de vengarse de mí, y hízolo muy a su salvo. Era moza de buena cara, a quien mi hermano había inclinádose, si bien ella nunca le admitió; mas después ella con mi ejemplar desdijo de su primera constancia en sujeto más humilde, como era el que hallé en su aposento. Tuvo pues ocasión de verse con don Rodrigo, a quien dio parte de los amores de don Esteban y míos, basta decirle en el estado en que me hallaba, cosa que él no había caído en ello, porque este nuevo uso de guarda infante, tomado de Francia, me fue propicio para encubrir mi defecto. Deseó don Rodrigo hallar ocasión de vengarse de mí y de don Esteban, quitándonos las vidas; pero reparaba en que no era culpada en esto la inocente criatura que habitaba en mi vientre, y así lo que le encargó a la criada fue que le avisase cuando yo hubiese desembarazádome del penoso preñado; así se lo prometió la traidora mujer, aunque no tuvo lugar de hacerlo, como sabréis.

»Llegó el día de mi parto, comenzándome los dolores desde la tarde; envié a avisar a don Esteban, y quiso mi corta suerte que estuviese ausente de Sevilla en una aldea, dos leguas de aquella ciudad. Diósele un papel mió a don Fernando, un hermano suyo, el cual sabía este empleo, y acudió algunas noches acompañando a don Esteban; este, viendo que su hermano no venía, envió un criado a llamarle a toda diligencia. Ya era de noche, y mi parto se fue dilatando hasta la mitad de ella. Estaban don Fernando y un criado suyo en la calle aguardando allí para recibir la criatura.

»Y sucedió que mi hermano viniese a aquella hora a acostarse; era la noche muy oscura, y aunque él divisó dos bultos a la puerta falsa de su casa, ellos no le vieron. Dióle deseo de averiguar si era don Esteban; el que era causa de su deshonor, y arrimándose a una pared, previno una pistola de dos que traía para su defensa todas las noches. En esto sintió que abrían la puerta y que una criada salía fuera a la calle; a su salida se llegaron los dos hombres a recibirla; ella les dio un niño que había yo parido, y que con gritos manifestaba el deshonor de su madre; penetraron estos el pecho de mi airado hermano, y así, irritado de la cólera que oyendo esto recibió, pensando que el uno de aquellos hombres fuese la causa de su deshonor, apuntándole la pistola, no le erró; fue el desgraciado don Fernando el que perdió la vida con la violencia de dos balas que le

pasaron el pecho. El criado, que vio el estado de las cosas, con su criatura gritando comenzó a huir; mas siendo seguido de don Rodrigo con la espada en la mano, a pocos pasos le atravesó de una punta por las espaldas, dejándole allí pidiendo confesión a voces. Todo esto habían visto las criadas, las cuales me lo fueron a decir a mí luego; yo, temiendo verme ya trofeo de la muerte y en las manos de mi hermano, animándome me vestí a toda priesa y me salí de casa, yéndome a la de don Esteban, que no era lejos de allí.

»Aun no había venido, por no poder haberse desembarazado de un negocio importante a su pleito; pero el criado que le fue a avisar, que era el gobierno de su casa, había vuelto a dar orden a don Fernando que me asistiese. Contéle cuanto pasaba, aunque incierta de que don Fernando era muerto; y lo que él hizo fue tomar dos caballos y dineros y ponerme en el uno; subióse en el otro, y partióse de Sevilla para Córdoba.

»Llegamos a Carmona, donde estuvimos de secreto dos noches, porque yo me reparase mas de mi flaqueza y susto. Allí supimos lo que pasaba en Sevilla, de un forastero que posó en nuestra posada. Dijo pues que así como don Rodrigo mató a don Fernando e hirió de muerte a su criado, tomando la criatura la dejó en una casa del barrio a una mujer de un criado suyo encomendada, y él se volvió a casa con ánimo de acabar con mi vida. De las criadas supo mi fuga, cosa que le dio notable pena, por no poder vengarse del todo. No lo creyó, y andando buscándome por la casa, que es grande, llegó entonces la justicia a ella, que habiendo llegado adonde estaba muerto don Fernando, de su criado, que aun estaba con vida, supo quién fue el que le había muerto. Fue preso don Rodrigo y llevado a la cárcel, donde se le entregó al alcaide; buscáronme luego en casa, y visto que no parecía, con la luz que le dieron las criadas de la ficción de don Esteban, fueron a su casa al tiempo que él venía de su jornada, que era bien tarde; diéronle cuenta de lo sucedido, trayéndole al difunto hermano a su presencia; y llamando él al criado que gobernaba su casa, le dijo un mozo de caballos que él le había ensillado dos, en que se había partido en compañía de una mujer. No quiso oír más el alcalde de la justicia, que era quien hacia la averiguación, para mandar despachar gente por los caminos que procurasen detenerme a mí y al criado, y a don Esteban dieron la casa por cárcel, con guardas de vista.

»Esto fue lo que dijo el forastero, con lo cual el criado determinó tomar otro camino del que había pensado y venirse a esta corte; así lo ejecutó, y nos venimos por extrañas veredas a deshoras hasta Madrid, donde habrá que llegamos como un mes, poco mas; desde aquí escribió el criado de don Esteban a su amo mi llegada a esta corte, y con la pena que estaba, así de saber que estuviese preso como de carecer de su vista. En respuesta de esta carta vino otra, no como yo esperaba; porque ¿qué culpa tenía yo de la muerte de don Fernando? ¿Mándeles yo matar, por ventura? Si mi hermano lo hizo, ¿era justo tener el enojo contra mí? Lo que la carta contenía era que luego que la leyese se partiese de Madrid y me dejase.

»Fuerte mandato le pareció a Leandro, que así se llamaba el criado de don Esteban, al cual pareciéndole mal que usase de este rigor con quien no se lo había merecido y le costaba muchas lágrimas, le significó cuánto me debía, y que pagaba un firme amor que le tenía con ingratitud, y que aunque perdiese su gracia, no había de dejarme. Esta carta

su le envió a don Esteban por la estafeta: desconsiderada resolución de Leandro, no advirtiendo las diligencias que se hacían para saber dónde yo estaba. Andaba el alcalde de la justicia solícito en esto, y vino a dar con la carta enviada por la estafeta, y por ella supo dónde estaba yo. Habiendo sido Leandro el que me había traído, y no obstante que vieron el despego con que don Esteban me trataba, se persuadieron a que por su orden me habían traído aquí, y que después se había cansado de mí; con esto doblaron las guardias a don Esteban, que le pedía don Rodrigo mi hermano la fuerza de su casa, y don Esteban a don Rodrigo la muerte de su hermano don Fernando. Determinóse el alcalde de la justicia, sin darse por entendido de dónde yo estaba, a despachar un alguacil, para que con una requisitoria me trajese a Sevilla, y a Leandro preso en mi compañía. Había sido el alguacil hijo de un criado de mi hermano, y dióle cuenta del caso, para ver qué determinaba que hiciese, el cual le mandó que hiciese cuanta apretada diligencia pudiese en Madrid para hallarme, y que hallada, avisase con un propio. Esto me avisó un criado de mi hermano que oyó hablar a don Rodrigo con el alguacil, sabiendo la parte donde por entonces me tenía Leandro, que sabido esto, mudó de posada, y se vino cerca de estos barrios.

»Ayer, que salía acompañada de la huésped de casa a tomar el fresco en el campo de Leganitos, al volver de una esquina, vi a mi hermano en el mas extraño traje que se puede imaginar; venía con una capa parda de las que usan traer los labradores manchegos, una montera parda, capotillo de dos faldas del color de la capa y polainas, con calzoncillos de lienzo; extrañé su disfraz, y alteróme de manera, que apenas pude dar un paso adelante. La compañera que me llevaba de la mano reparó en esto, y preguntóme la causa de mi susto; yo se la dije y cuan temerosa estaba de que me había conocido. Confirmé esta sospecha con verle enderezar con pasos algo acelerados hacia la parte donde estaba; viendo esto mi compañera, me dejó y se entró en una casa. Yo, con la turbación que tenía, sin reparar que me dejase, aceleré pasos y valíme de vuestro amparo, de que hago la estimación que es justo, pues si no eligiera vuestra casa, que es ya sagrado para mí, creo lo pasara mal. El que mi hermano no me haya seguido he extrañado mucho, no sé qué haya sido la causa, que tengo por sin duda que no reparó en mí, aunque me lo pareció, porque a hacerlo, es sin duda que me siguiera, y mi vida corriera peligro. Esta es mi infeliz historia; yo me hallo bien confusa en no saber en qué hayan parado las cosas de don Esteban y en ver a mi hermano aquí libre de la prisión donde le dejé.

No se holgaron poco las dos hermanas de oír la relación que doña Clara les hizo de sus trabajos, por sacar de ella que el embozado a quien ellas hablaron las noches pasadas era don Rodrigo sin duda alguna, porque las señas que daba de su vestido conformaban con las que ellas habían visto en el disfrazado caballero; quien con mas exceso se alegró era Serafina, que deseaba que aquel entendimiento, cortesía y demás partes que en él había conocido fuese en sujeto principal, y así se persuadió siempre a esto. De nuevo consolaron Serafina y Teodora a doña Clara, dándole buenas esperanzas que todo pararía en bien con el favor del cielo, en quien esperase que la había de remediar sus trabajos. Con esto se durmieron hasta la mañana, aunque doña Clara, con la pena que tenía, no lo pudo hacer como Teodora, que vivía sin cuidados, que Serafina ya tenía los que bastaban para no sosegar con descuido, y así, fue ella quien mas noticia podía dar del desasosiego de su huésped.

Parecióle a doña Clara el día siguiente escribir un papel a Leandro a la posada, en que le daba cuenta de dónde estaba y la causa que la obligó a quedarse allí, de la cual ya tenía noticia por la huéspeda, que volvió asustada y con pesar de haber perdido a doña Clara. Quien, mayor le recibió fue Leandro, que con amor y lealtad servía a esta dama desde que la sacó de Sevilla, y aunque pudiera hacer diligencias por saber dónde estuviese, no osó salir de casa, por el aviso que tenía de que los andaban buscando en Madrid por orden de la justicia. Admiróse mucho de que don Rodrigo se hubiese venido a Madrid, habiéndole dejado preso, y trató de vivir con más cuidado porque no le encontrase, por saber de su resolución que donde quiera, que fuese le quitaría la vida.

Con esto, en anocheciendo fue a verse con doña Clara, consolándola en su aflicción, diciéndola que todas aquellas cosas habían de parar en bien. Dio las gracias a la madre de Serafina y Teodora de la merced que hacían a doña Clara, y díjoles que con su licencia quería llevarla a la posada; no se lo consintieron, enojándose mucho, así de que tratase de mudarla en ocasión que corría peligro su vida como de que lo hiciese por temer que les causada fastidio, que aunque estuviese años en su casa, no le podría dar a quien con tanto gusto la servía. De nuevo les rindió gracias doña Clara, con que Leandro se volvió a su posada; halló en ella una carta de don Esteban, que le reprendía de su inadvertencia de haberle escrito por la estafeta, habiendo otros modos como hacerlo, que había esto sido causa de despachar juez a prenderlo; de que le dieron aviso a don Esteban que se pusiese en cobro, y también la persona de doña Clara, hasta que él avisase otra cosa, tratando de servirla y regalarla con mucho cuidado. Dábale con esto aviso de cómo don Rodrigo se había salido de la cárcel engañando o los porteros de ella, y que se entendía iba a Madrid; que de nuevo le encargaba el ocultar a doña Clara y el cuidado con ella, hasta que él saliese libre de su prisión, pues al alcalde le constaba ser él tan ofendido con la muerte de su hermano como don Rodrigo con haber faltado su hermana de su casa. Mucho contento recibió Leandro con leer esta carta de su dueño, conociendo por sus razones que presto vendrían a bien estas cosas. Dio aviso de esto a doña Clara el día siguiente, con que fue parte para que se consolase y esperase presto verdad en descanso.

Este mismo día recibió doña Serafina un papel de la mano de una mujer embozada, la cual le dijo que aguardaba respuesta de él. Lo que contenía era esto:

«Como en los amantes que bien quieren es su mayor tormento la ausencia, quien la padece, faltando la presencia de quien ama, suplica a la causa, sino hay otra precisa que lo estorbe, se sirva de dar lugar a que ejerza la piedad obras suyas, y cesen las del rigor de faltar tantos siglos del puesto en que su dicha mereció el mayor empleo que podía esperar su deseo.»

No poco se holgó la hermosa Serafina de leer este papel, que ya acusaba al dueño de remiso u olvidado, y no la había puesto en poco cuidado haber faltado su recuerdo, cuando ella faltaba del señalado puesto, que era descuido en él no haber sabido la causa de no verle. Pidió la mujer embozada que esperase, y respondiendo al papel, se le entregó, el cual puesto en las manos de quien con afecto le esperaba, que era el disfrazado don Rodrigo, leyó en él estas razones:

«No merecía piedades quien con tanto descuido vive, que lo mismo que exagera con voluntad lo trata como con olvido; este nombre le diera antes, si no me pareciera la cortedad recato, y que por él se deben perdonar los yerros, con la pena de haber padecido ausencia: de haberla tenido hubo precisa causa, que impidió nuestra salida. Esta noche nos veremos donde sabéis, que hay muchas cosas que deciros.

Dios os guarde.»

Contentísimo quedó don Rodrigo con la promesa de la dama, la cual comunicó su salida con su hermana en la forma que había de ser, pues por la huéspedada que tenían les parecía grosería dejarla en casa, sospechosa de su salida. Dióla muy buena Teodora, con tener a una amiga de su madre enferma, a quien pidieron licencia para ir a ver un rato; concediósele, y acompañadas de solo su escudero, se fueron a la casa de la amiga por cumplir con él, y habiendo estado allí un poco rato con la amiga, dieron la vuelta por el campo que llaman de Leganitos, y en el mismo puesto señalado hallaron al disfrazado don Rodrigo en el propio traje en que hasta entonces andaba. Recibiólas con mucho gusto, exagerándoles cuánto había sentido su larga ausencia, padeciéndola con mil temores de que hubiese sido por falta de salud o quiebra de voluntad.

—Ni uno ni otro ha sido —dijo Serafina—, sino haber tenido a nuestra madre indispueta; pero cuando lo que decís fuera, bien se os ha mostrado el amor que publicáis tener, pues haber dejado pasar tiempo sin procurar saber de las dos, pues no ignorábades nuestra casa, puesto que se os permitió venirnos acompañando hasta ella; ¿qué responderéis a esto?

Dijo el enamorado caballero:

—No faltado voluntad, que esa no la puede haber en mi, sino temor o recelo de dar nota en vuestra casa con venir a ella o enviar papel, hasta que ya no lo pudiendo sufrir, me resolví a lo que viste.

¿Cortedades tiene quien encarece que ama? —dijo Teodora—; no me parece que os disculpáis derechamente.

Apretaban las dos sobre esto al caballero, y él porque se mudase plática les dijo:

—Si yo como amo con voluntad dispusiera las cosas a medida de mi deseo, no errara en ninguna acción; mas quien tiene nido natural, como nacido en agrestes paños, ¿cómo queréis que acierte?

Vio aquí Serafina la ocasión a su propósito para lo que traía pensado, y no la quiso perder, diciéndole:

—Señor don Rodrigo do Monsalve, basta el disfraz para conmigo, que ya sois conocido, y dure lo que mandáredes para vuestros vengativos intentos. Yo he sabido quién sois, y tanto de vuestras cosas, que os admiraréis; con que en cuanto a disculparos, no tenéis

salida. Decid vos que habéis andado ocupado en cosas tocantes a lo que viniste de Sevilla aquí, saliéndoos de la prisión, y nos daremos por satisfechas, yo a lo menos, que deseo sumamente vuestra quietud y que todos vuestros negocios se hagan como deseáis.

Absorto su quedó don Rodrigo sin poder hablar: tal le tenía la turbación, admirado de cómo podía ser conocido de aquella dama andando en aquel traje, y no habiendo puesto los pies jamás en Madrid. Discurrió sobre esto, de modo que el callar tanto aseguró a las demás que era él. Lo que le respondió a Serafina fue:

—Señora mía, yo no sé qué es lo que me decís con rebozos; mi nombre no es ese, ni yo nací con tal dicha que merezca ese noble apellido que me dais; vos me habréis tenido por otro de quien os han dicho algo, que en cuanto a mí, estoy seguro que no me ha traído cuidado alguno a Madrid, sino ver la corte, y mi venida ha sido importante a ella.

—A buscar a vuestra hermana —acudió Teodora—; no hay que encubriros, que de vuestras cosas sabemos las dos mucho, y os diremos cuanto hay en esto si gustáis.

Volvió don Rodrigo a turbarse y ellas a apretarle de modo, que por saber él cómo habían tenido noticia de sus cosas, vino a confesar ser don Rodrigo de Monsalve y quien decían.

Holgóse sumamente Serafina de que le hubiese salido cierto lo que ella tenía por dudoso, habiendo con cautela habladote; y así, en conformidad de haber confesado quién era, se sentaron en otro puesto menos juzgado que aquel, y don Rodrigo refirió de nuevo su historia sin discrepar en nada de cuanto habían las dos damas oído a doña Clara; solo lo que varió en ella fue, no el decir que venía a Madrid en busca de su hermana, sino que habiendo estado preso por la muerte de don Fernando, y salido de la prisión engañando a los porteros de ella, se había venido a Madrid disfrazado para estarse así en tanto que se componía la muerte, y la fuga de su hermana decía que había sido para Lisboa, adonde pretendía ir presto en busca suya.

Bien quisiera Serafina componer aquellas cosas por la seguridad de doña Clara y por tener en Madrid más quieto a don Rodrigo, mas parecióle temprano, que quiso tenerle mas obligado para tratar de esto. Aquella noche se ocupó toda en relaciones, y así no se trató de la voluntad, aunque a la despedida bien significó la suya don Rodrigo para con la hermosa Serafina, la cual le favoreció con decirle que estimaba su fineza, pero que deseaba saber con apretada información si dejaba algún cuidado en Sevilla, antes de determinarse a favorecerle, que ella tenía quien se lo dijese; bien lo creyó don Rodrigo; y así, apretando en saber quién le había dicho sus cosas, no pudo conseguir el saberlo, por donde quedó con sospechas de que de su hermana se sabían, cosa que le aumentó el cuidado para hacer mayor diligencia en buscarla.

Correspondíanse estos dos amantes en amor, y estaba tan adelante esta correspondencia, que se trataba entre los dos de casamiento, enterado cada uno de la calidad del otro. En tanto la justicia de Sevilla hacia sus diligencias en buscar a don Rodrigo con requisitorias, en que le gastaron alguna cantidad de hacienda.

El alguacil que había venido en busca de doña Clara y de Leandro hizo también sus diligencias en buscarlos en Madrid, pero todas en balde, por el cuidado con que Leandro vivía, habiendo mudado de posada, y no saliendo de ella sino de noche, y este a solo visitar a doña Clara, a quien daba buenas esperanzas de que presto se había de ver empleada en don Esteban. Dona Clara era regalada de las dos hermanas sus huéspedes y de su anciana madre con mucho amor, y a ella se le habían cobrado de manera que, cuando fuera hermana suya, no se le tuvieran mayor. Deseó Serafina ver acabadas aquellas cosas y reducidas a paz por lo que interesaba, pues no tendría de asiento a don Rodrigo allí, menos que con saber dónde estaba su hermana, y para comentar a tratar de esto, lo primero que hizo fue dar cuenta a doña Clara cómo se comunicaba con don Rodrigo su hermano. Díjole la correspondencia que había entre los dos, y asimismo con el fin que se continuaba, deseando pagarle su amor y finezas con darle la mano de esposa. No se puede exagerar cuánto se holgó la afligida dama de oír esto, pareciéndole que el cielo abría camino para que sus cosas pasaran en bien, teniendo de su parte a Serafina, que era cierto había de aplacar el enojo de su hermano y alcanzarle el perdón de él.

Comunicó Serafina con esta dama qué modo o camino se podía tomar para que don Esteban y don Rodrigo se conformasen, y ocurrióle a doña Clara este. Tiene en Sevilla tan ganadas las voluntades de todos el conde de Palma con su agasajo y afabilidad, que no se ofrecía en aquella ciudad cosa ardua ni dificultosa que como él la emprendiese no la alcanzase, y así todos se valían de su amparo y intercesión para todas sus cosas; en particular tenía gran suerte en componer enemistades, como se había visto por experiencia en muchas que había compuesto entre caballeros, que a no mediar la autoridad, pararan en muertes y desdichas; pues quiso doña Clara valerse del conde para que con su intercesión se templase la justicia, y su hermano y don Esteban se compusiesen, y así se le escribió una carta en orden a esto, dándole cuenta de quién era, dónde estaba y de cómo don Rodrigo asistía en Madrid, habiendo llegado allí en su busca y el trueque traía para hacer su hecho, de modo que su vida corría peligro; finalmente, le daba cuenta de todo, y le suplicaba mediase en esto, solicitando el que don Esteban le cumpliera la palabra que le había dado casándose con ella y haciendo paces con don Rodrigo.

Recibió la carta el Conde, el cual habiendo sabido de quién era y enterado también del caso, quiso servir a esta dama como lo sabe hacer con tanta galantería y generosidad de ánimo. Vióse con don Esteban, y sin darle cuenta de la carta de doña Clara, le comenzó a persuadir tratase de cumplirle la palabra que le había dado habiendo prendas de por medio. No rehusaba esto don Esteban, que sí bien estuvo algo frío cuando la fuga de su dama, entonces estaba más enamorado y deseoso de verla como a los principios de su amor; lo que sentía era ver que don Rodrigo no hubiese acometido a tratar de que esto se hiciese, estándole un bien a su honor; de modo que don Esteban vivía quejoso de dos cosas: la una, de la muerte de su hermano, y la otra, del despego de don Rodrigo en no haber tratado de conciertos. A todo esto se obligó el conde que pondría la mano en ello; y dejando a don Esteban muy en hacer cuanto le pedía, trató con la justicia que esto viniese a concierto, perdonando don Esteban la muerte de don Fernando, con que aplacó su rigor, y don Esteban tuvo libertad con una fianza de estar a lo que le sentenciasen. Esto sabido en Sevilla, no sabiendo el conde adónde había de dar aviso de lo que había hecho a doña



Clara, se resolvió de irse a Madrid; en su compañía se llevó a don Esteban y a un primo de este caballero, natural de Córdoba. Tuvo aviso de esto don Rodrigo por su confidente, y holgóse que el negocio tuviese este concierto.

En tanto que llegaban a Madrid el conde, don Esteban y su primo, la hermosa Serafina, viéndose una noche con su don Rodrigo, le dijo cómo su hermana se comunicaba con ella y era muy su amiga, de quien había sabido todos sus sucesos; y que si le importaba su empleo, entendiéndose que primero había de preceder el perdón de ella que el darle su mano. Ya tenía dona Clara noticia por Leandro de cómo el conde de Palma había reducido a don Esteban y lo traía consigo a Madrid, que así se lo había don Esteban escrito. Viendo don Rodrigo esto, con mucha facilidad dijo que perdonaría a su hermana por lo bien que le estaba darle su mano después. Agradecióselo Serafina, y mandóle que para la noche siguiente mudase de traje y viniese a su casa, adonde estaría su hermana con ella aguardándole, qué no quería más raboszos ni guardarse de su madre.

Obedeciola don Rodrigo, el hombre más contento del mundo; y así, luego que vino la noche, con un bizarro vestido de color vino a casa de Serafina acompañado de dos criados lucidos con una vistosa librea. Fue recibido de la hermosa Serafina y de su hermana Teodora y llevado a la presencia de su madre, a quien había Serafina dado cuenta de todo el suceso y de la afición que este caballero la tenía con el fin de ser su esposo. Allí halló don Rodrigo grandes agasajos en los brazos de doña Blanca, que así se llamaba la anciana señora, y muchas lágrimas en los ojos de su hermana, que postrada a sus pies le pedía su mano y perdón de haberte sido causa de sus disgustos. Don Rodrigo la abrazó sin muestra de enojo alguno, y aquella noche estuvo dos horas de visita muy gustoso, siendo favorecido de los ojos de su Serafina, que por estar en la presencia de su madre, no se extendió a más el favor. Supo don Rodrigo cómo su hermana era huésped de dona Blanca y sus hijas y por el camino que había venido allí, que fue ponerle en muchas obligaciones, estimando el gran favor que le habían hecho. Con esto se acabó la visita, mandándole en secreto Serafina que volviese a verla todos los días, cosa que don Rodrigo obedeció con mucha puntualidad por lo que en hacerlo interesaba.

Llegó el conde de Palma a Madrid con los caballeros que le acompañaban, y sabiendo Leandro la casa que le tenían apercibida para posar, acudió a ella a verse con su dueño, el cual se holgó mucho con él; preguntóle luego por doña Clara, de cuya salud le dio muy buenas nuevas, y asimismo de todo cuanto pasaba y se ha dicho, porque así se lo había mandado doña Clara. Holgóse don Esteban de tener esto vencido y que don Rodrigo la hubiese hablado y visitase, y así se lo dijo luego al conde, el cual el siguiente día, llevando contigo a don Esteban y a su primo en su carroza, se fue a casa de doña Blanca, guiado de Leandro; fue en ocasión que acertó a estar allí don Rodrigo, cosa de que el conde recibió mucho gusto. Pidió licencia a doña Blanca para visitarla; túvola, y en su presencia careó los dos caballeros enemigos antes, a quienes hizo amigos luego. Y para aumentar más mi gusto, llamando al párroco, don Esteban dio la mano de esposo a su doña Clara, y don Rodrigo a doña Serafina. Háblele parecido bien a don Sancho de Godoy, primo de don Esteban, la hermosa Teodora, y quiso que a estas bodas acompañase la suya; informó el conde de quién era, y así se dieron las manos. La fiesta de las velaciones celebraron muchos caballeros mozos de Madrid con una lucida

máscara, a que se siguieron muchos saraos, siendo todo fiestas un mes que estuvieron en la corte, el cual pasado, se volvieron a Sevilla todos tres contentos con sus queridas esposas, despidiéndose del conde de Palma con muchos agradecimientos que le dieron por el favor que les había hecho.